

1

Las luces de la calle perdían intensidad con la amenaza del alba. Tiritó. Sus tripas retumbaron con un sonido estridente mientras andaba con desgana hacia la parada del autobús. Tosió y el eco resonó por el revestimiento barato de Cadge Road. Cogió un resto de pluma de pollo de su buzo y lo dejó revolotear justo detrás de él.

¿Qué hay chaval?

Sean se volvió y vio aparecer a Rab y Albert por el camino lateral de Royston Road. Los esperó.

¿Qué hay chicos?

Su tío Albert fumaba un pitillo recién liado. Rab caminaba todo ufano con las manos en los bolsillos como corresponde a un chaval de su edad. Al mirarle, Sean pensó que doce años en la fábrica dejarían sin ímpetu esos hombros.

¿A qué viene ese aire tan marchoso?

Es viernes.

Albert dio una última calada y tiró la colilla al asfalto. Sonrió.

Se piensa que la noche promete.

Sean estudió a su primo.

¿En serio?

Rab echó una ojeada a su padre y luego a Sean.

Puede.

Sean miró a Albert.

Pues ya va siendo hora de que estrene el ciruelo.

No soy virgen so gilipollas.

Sean sonrió al mirar a Albert, luego se volvió a Rab.

Vale chaval. Estaba de cachondeo.

Pues entérate.

Alrededor de la parada había hombres fumando, tosiendo y escupiendo. Sean y Albert se sentaron juntos en el banco, y Rab se quedó cerca de los de su edad. Formaban corro hablando de borracheras, peleas y polvos. Sean los escuchó un segundo y volvió la atención a su tío. Albert señaló con la cabeza a los jóvenes. Sean le respondió con una mirada resignada, sabía que se estaba haciendo viejo porque prefería sentarse con su tío en vez de quedarse de pie con los chavales.

Se suponía que todo iba a ser diferente. Cuando empezaron a salir, Maggie y él tenían grandes planes. Desde largarse a Canadá hasta trasladarse a Londres, cualquier cosa menos comprar una casa en Cadge Road. Maggie era una preciosidad, eso sí. Pelo moreno largo y ojos azules. La guapa de la clase. Hijoputa con suerte, así solían llamarle los demás.

Albert le tocó en el hombro.

¿Un pitillo?

Sean le cogió el tabaco y se lió un cigarrillo. Se lo devolvió, y Albert le dio fuego.

¿Te apuntas al Fiveways esta noche? preguntó Albert.

Sean se quedó hecho polvo.

No.

¿Hoy tampoco? ¿Y eso?

Estoy de deudas hasta la coronilla.

Eso no hace falta que lo jures con todas las horas extras que estás metiendo.

Sean dio una larga calada al pitillo.

Me tiene comido el puto tarro.

¿Y qué estás liquidando?

El viaje de Donna con el cole.

¿Del año anterior?

Sólo hace seis meses.

Albert soltó una risita.

Ay. El tiempo vuela cuando te haces viejo.

Albert sonrió.

Si al menos lo pasó bien...

Eso sí. Pero nada más volver ya empezó que si pa Navidades esto y pa Navidades lo otro.

Bueno. Así son los críos.

Ya te digo.

Salen caros pero merece la pena al final.

Sean miró a Albert.

Joder eso espero.

Pues mira cómo has salido tú. Claro que ha merecido la pena.

Gracias tío Albert.

Y mira a nuestro Rab. Él también saldrá adelante.

Pero mira a nuestro Archie.

Albert sacudió la cabeza.

Siempre habrá una manzana podrida.

Espero que no sea Donna.

Albert agarró a Sean por la rodilla.

No. Es una cría maja. Y os tiene a ti y a Maggie de ejemplo. Se portará.

Joder eso espero.

Yo sé qué te hace falta. Un poco de juerga. Dejar de pensar en todas esas chorradas tan serias que te tienen agobiao.

Qué me vas a contar.

Pues vente a echar una pinta esta noche.

No hay presupuesto pa eso.

Seguro que hay presupuesto pa una pinta.

Sean estaba hecho polvo de verdad.

Ojalá pudiera pero no.

Albert hizo un gesto con la cabeza y llamó a Rab.

¿Has oído eso?

¿El qué?

Tu primo se raja y no viene a tomar unas cervezas esta noche.
Rab miró con lástima a Sean.

Eso te pasa por casarte.

Sean se quedó mirando las tiendas al otro lado de la calle desde la marquesina de la parada del autobús. Albert le dio una palmada en la pierna.

No sé cómo lo consigues. Yo es que me tomaría una pinta ahora mismo.

Sean se relamió los labios.

Qué me vas a contar.

Pues sólo nos faltan diez horas.

Sean sintió el ánimo por los suelos.

Más bien seis meses.

¿Qué puñetas dices?

Eso es lo que voy a tardar en pagar la puta deuda.

Anda hombre. ¿A quién debes esa pasta?

Sean casi lo dice, pero de ninguna manera iba a hacerlo. Albert le puso la mano en el hombro.

No te apures chaval. Te invitaré a una pinta en el Saracen a la hora del almuerzo.

Un autobús de dos pisos apareció al final de la calle. Albert se levantó y se echó al hombro su bolsa. Los jóvenes dejaron caer los cigarrillos y los pisaron. Empujaron para entrar antes que los demás. Sean se montó el último, dijo buenas compañero al conductor y subió al piso superior para sentarse con Albert en la parte frontal. No hablaron mucho, se limitaron a mirar por la ventana delantera a las cuadrillas de currantes que se preparaban cada vez que el autobús se acercaba a una parada. Las portezuelas se abrían con un silbido, y el autobús hacía más ruido según se llenaba. No tardaron mucho en circular por la autovía.

Las luces en la parte central pasaban como un rayo y hacían que Albert pareciera salido de una vieja película. Una vez fuera

de la ciudad, dejó de haber luces. Cruzaban volando la oscuridad. El autobús redujo la marcha, encendió el intermitente y giró. Siguió dando bandazos por un callejón en cuesta, juntando a Sean y a Albert en el asiento y separándolos después. El motor se quejaba al cambiar de marcha con cada curva ascendente. A veces unas pocas ramas que sobresalían arañaban el costado del bus. Por momentos, entre los huecos de los árboles, Sean alcanzaba a ver la fábrica, que crecía con cada nueva visión. Poco a poco, el vehículo acabó por salir de la oscuridad, y se encontraron cohibidos a su lado. Desde el piso superior del autobús, la fábrica parecía una prisión o las instalaciones del Ministerio de Defensa. Alambradas y reflectores, y una chimenea que arrojaba humo al cielo. El gemido y el zumbido de la maquinaria, y nada de trinos al amanecer. El rugido de los autobuses que llegaban de todas direcciones. Autobuses rojos desde el este y autobuses naranjas desde el oeste.

Los vigilantes de seguridad observaban el desparramo de obreros bajando de los vehículos y congregándose en torno a la garita de fichar. Algunos hombres empujaban hacia delante como si estuvieran ansiosos por entrar en la fábrica y ponerse a trabajar. Sean se retrasó. Podía oler la carne y la grasa de un millón de pollos muertos. Cuanto más aguantara lejos de aquello, mejor. El gentío empezaba a disminuir y Sean se dejó arrastrar por los más rezagados. Hizo un saludo con la cabeza al vigilante, marcó su tarjeta, y ya era un prisionero de la fábrica. Siguió a los otros en dirección a la luz dorada que salía por la puerta del edificio.

Se fue hacia el vestuario andando por los húmedos pasillos. Por el camino se cruzó con compañeros que acababan de terminar el turno de noche. Salían sonrientes, y alguno que otro guiñaba el ojo o hacía un saludo con la cabeza. Sean intentaba devolver la sonrisa, pero conseguía poco más que una mueca. Cuando llegó al vestuario, dejó la bolsa en su colgador y se fue con Albert a los lavabos para echar un pitillo.

En los lavabos había uno de gorro blanco peinándose ante el espejo. Se puso con cuidado la redecilla para el pelo.

Oye ¿y tú pa quién te maqueas? preguntó Sean al del gorro blanco.

El chico se colocó el gorro.

Pa nadie.

¿Cuánto llevas aquí?

Nueve semanas.

Entonces la semana que viene gorro azul ¿a que sí?

El chico pareció orgulloso.

Eso mismo.

Albert se metió las manos en los bolsillos.

No todo el mundo aguanta esta mierda diez semanas.

Yo creía que no la aguantaría.

¿Dónde trabajas? preguntó Sean.

Porciones.

¿Has oído eso Albert? Porciones.

Albert asintió.

¿Nueve semanas en Porciones? soltó Sean.

El chico hizo un gesto afirmativo.

Albert y Sean aprobaron con la cabeza. Impresionados.

Eres más hombre que yo hijo.

Albert se puso el gorro con firmeza.

¿Y cómo es que George te ha puesto en Porciones?

¿Quién es George?

El encargao.

Creí que se llamaba Malcolm.

Eso mismo. Pero todo dios le llama George.

El del gorro blanco hizo un último ajuste, se alisó el mono y salió del lavabo.

Imagínate eso Albert. Nueve semanas en Porciones. Pobre desgraciao.

Será que tiene el olfato atrofiao.

Sean notó un escalofrío. Albert dio una calada y se apoyó en la pared.

Entonces ¿pa cuándo esperamos a Archie?

Sean se rascó la cabeza y frunció el ceño.

Aún le faltan seis meses. Creo.

¿Qué pasa? ¿No lo sabes?

Pues claro. Me llegó una carta suya por Navidad. Sale en julio. Pero ya le conoces. Lo más fácil es que tenga una bronca con un boqueras el día anterior y siga adentro seis meses más.

Albert se rió.

Ya. Muy posible. Pero aun así te alegrarás de verle.

¿Vas de gracioso?

Albert se rió. Sean, no. Albert tiró la ceniza al suelo.

¿Dónde va a meterse cuando salga?

Sean se rió asintiendo con la cabeza.

Vaya ¿no va a quedarse con vosotros?

¿Qué? ¿Después de la última vez? Tu tía Jessie me mataría con sólo mencionar su nombre. Ni se me ocurre preguntar si se puede quedar.

Ya. Igual que Maggie.

¿Lo lleva mejor con las drogas?

Hostias eso espero. No puedo pasar por esa locura otra vez. Hala vamos. Mejor nos movemos.

Albert miró su reloj.

Sí. Ya son y diez.

Tiraron las colillas por un urinario con el letrero «Por favor no arrojar las colillas por el urinario», se ajustaron los gorros azules ante el espejo y salieron del lavabo. Sean se puso los guantes mientras salían al pasillo. Se fueron hacia las puertas dobles al fondo del corredor y las atravesaron para salir a la gran extensión que era Fresco.

Sean pestañeó para acostumbrar los ojos a la luz. Podría haber sido un hangar para aviones, de lo grande que era. Hileras de

pollos serpenteaban y se cruzaban bajo el techo, como si una montaña rusa gigante los llevara a pasar el día en las ferias. En el suelo había cinco correas transportadoras; en uno de sus extremos iban cayendo los pollos, y mujeres con gorros y redecillas se mantenían a la espera sobre estas cintas para atarlos. Sean y Albert cruzaron Fresco hasta llegar a una sección elevada, situada al final, que se llamaba el Cruce. Aquí los pollos se dividían entre los que iban a Fresco y los que iban a Congelado. Una vez clasificados por peso, los pollos destinados a Fresco se enviaban por las cintas transportadoras y se dejaban envasados y listos para vender a lo largo y ancho del país.

Pollos frescos, a la venta en carnicerías y supermercados para comodidad del público comprador. Pollos frescos que supones acaban de matar hace muy poco. Imaginas el patio de ladrillo rojo de una granja con dedaleras púrpuras creciendo en un rincón. El olor saludable a excrementos. Un viejo tractor en plan años cincuenta oxidándose tranquilamente sobre sus neumáticos desinflados, útil sólo para los jilgueros que mantienen un nido debajo del asiento. La esposa del granjero sale por la puerta, levanta del suelo un pollo que picotea despreocupado y le retuerce el pescuezo con sus gruesas y poderosas manos. Toma asiento en una banqueta, se pone en el regazo la temblorosa ave y la despluma mientras aún está caliente. Canta una canción sobre el amante de no se sabe quién, perdido en una guerra extranjera. Rellena almohadas bordadas a mano con las plumas y las vende en el mercado local los miércoles por la tarde. El ave desplumada y atada ya puede colgarse esa misma tarde en la carnicería, y tú entras y compras un pollo sin pulso en la garganta desde hace apenas nada.

Los pollos frescos que maneja Sean llegan a la fábrica transportados en contenedores del tamaño de una caja de zapatos, apilados en el tráiler de un camión articulado. El conductor tira por la ventana la colilla de un pitillo que había liado y llama a Rab,

quien sale cauteloso de su garita y da indicaciones al camión para entrar en el muelle de descarga. Unos fuertes antebrazos se estiran para coger las cajas de zapatos, sacan las presas a la luz artificial y las cuelgan por los tobillos en un gancho. Van volando boca abajo, agitando las alas, intentando escapar, cagándose pechuga abajo, cacareando y dando picotazos a sus compañeros. Los ganchos los arrastran hasta un tanque de agua, donde una corriente eléctrica detiene sus corazones momentos antes de que rodillos de goma arranquen mecánicamente las plumas de su piel.

Cuando los pollos llegan a Sean, están decapitados, sin vísceras y han pasado un rato en la cámara frigorífica hasta enfriarse. Aparecen por un agujero en la pared junto a su puesto, y un ordenador decide si dejarlos caer o no en la cinta transportadora que corre junto a la pared. La cadena de producción lleva su ritmo. Bum-chiti-bum-chiti-bum-chiti.

El aliento de Sean parecía humo en el frío aire. Se aburría. Intentó formar anillos, pero sólo salieron unas bocanadas de vaho. Apretó con la mano la correa transportadora para ver si podía ralentizarla, para notar la resistencia sobre los cilindros, para cambiar el tono de la máquina. Presionó la cinta moviendo el dedo adelante y atrás, para crear un diseño fluido sobre la grasa. Escupió un lapo verde sobre la cinta y lo observó desaparecer en la distancia. Pateó el suelo con fuerza para mantener calientes los pies.

Me costaba mucho mantener los ojos abiertos. Cada cinco minutos la maestra me gritaba O'Grady y yo volvía de golpe la mirada desde la ventana a la pizarra. Cuando llevábamos más o menos media clase el director asomó la cara por detrás de la puerta y preguntó si podía hablar un momento conmigo. Me cagué en to porque pensé que iba a darme la bronca por escribir que él era un gilipollas en la puerta del lavabo. Cuando salí al pasillo me echó

una mirada de lo más rara y yo casi le digo que cuánto lo sentía y todo eso, pero nos fuimos andando hacia su despacho. Vi a Archie esperando fuera.

Entramos y nos quedamos delante de su escritorio. Él se sentó y nos miró. Entonces nos dijo que debíamos reaccionar como adultos a lo que nos tenía que explicar. Nosotros nos miramos el uno al otro, luego a él otra vez, y asentimos con la cabeza. Habían atropellao a nuestra mamá, un camión de carbón en Petershill Road. La tenían en el Royal Infirmary y su situación era grave. El director se levantó y nos llevó a la oficina de la mecanógrafa. Ella nos dio un caramelo a cada uno y nos sentamos a esperar mientras intentaban localizar a nuestro tío. Archie se sacó un moco tamaño gigante de la nariz y me lo enseñó antes de limpiarse el dedo debajo de la silla.

Una media hora después tío Albert llegó a la escuela y nos llevó a su casa. Dijo que el hospital no era sitio pa críos y que el mejor lugar pa nosotros estaba con nuestra tía Jessie. O sea que nos sentamos a la mesa de la cocina tomando té y bollos y él se fue al hospital a visitar a mamá. Cuando volvió a casa aquella noche ya estábamos en la cama y nos despertó pa decirnos que nuestra mamá había empeorao y había sucedido lo peor. Nosotros no sabíamos qué decir. Archie me miró un momento, luego volvió la cabeza y se puso a dormir otra vez. Bueno eso pensé yo porque años después me dijo que se esperó hasta oír que yo respiraba dormido y entonces él también se sobó.

A la mañana siguiente mi tía Jessie dijo que podíamos hacer fiesta y yo pensé pues mola. Pero mi tío se dio la vuelta y soltó que necesitábamos tener la mente distraída y no pensar en lo de mamá o sea que nos mandó volver a clase. No estuvo mal del todo. La gente no dejaba de preguntarme si era verdad que se había muerto mi mamá. Además me dieron ración extra de postre en la comida. Y a media tarde más o menos tío Albert vino a buscarnos y nos llevó al café de Pat.

Nos hizo sentarnos en el asiento junto a la ventana y nos trajo una Coca y un KitKat a cada uno. Luego apoyó la mano en el brazo de Archie y nos contó que siempre habíamos sido la clase de niños que él y mi tía Jessie querrían haber tenido. Éramos chicos fuertes y mamá y papá estarían orgullosos de nosotros. Yo y Archie masticábamos nuestros KitKats y asentíamos con la cabeza. Luego nos lo dijo. Aunque mamá había muerto no teníamos que preocuparnos porque nos íbamos a ir a vivir con él. Archie se levantó y salió corriendo. Yo me quedé allí sentado sin más y acabé el KitKat.

Los maderos trajeron a Archie de vuelta tres días después. Tenía un ojo morao. Dijeron que habían tenido que encerrarlo y que hicieron falta tres de ellos para meterlo en el coche. Lo habían encontrao en la Estación Central intentando subirse al tren pa Londres. Igualito que tu padre dijo a Archie mi tío Albert, y le dio una colleja cariñosa en la cabeza. Luego le abrazó y sonrió a mi tía Jessie. Nunca había visto tan triste a mi tío. Ni siquiera cuando fuimos al funeral.

Un torbellino de aves muertas devolvió a Sean a la realidad de la fábrica. O'Grady dejaba los pollos en la cadena con un mamporro. Uno tras otro. Bam. Bam. Bam. Y aquí nos encontramos ahora en la final del Embassy, el concurso mundial de colgadores de pollos en el Crucible de Sheffield. Y vaya si ha estado reñido. A O'Grady le ha costado encontrar la forma este año y ha habido momentos en que dudábamos de que lograra entrar en la final. Pero se lo ha hecho y hay que ver cómo ha plantado cara a Hendry. Los dos rivales han tenido oportunidad de ganar, pero ninguno de los dos ha explotado del todo sus opciones. En la última tanda ya pensábamos que O'Grady había perdido pero a Hendry se le ha escapado un pollo de tres libras que parecía fácil ¡y ha regalado el punto! Y así nos plantamos en la tanda final. Sólo

quedan dos pollos y la presión es terrible. O'Grady tiene que colgar los dos para ganar. Alcanza el primer pollo y, ver para creer, va y sonrío al gentío. ¿Es que no nota la presión este tío? Vaya ovación. No es de extrañar que le llamen el colgador de pollos del pueblo. El personal se vuelve loco. Cuélgalos cuelga esos pollos animan a gritos. Pero O'Grady deja que se escurran por el final de la cinta transportadora y por la larga caída que baja hasta el suelo. Cincuenta mil libras están en juego. ¿Qué está haciendo? Los pollos giran y van rodando por el extremo de la cinta transportadora cuando O'Grady los atrapa en medio del aire y los engancha en su sitio con un golpetazo. Vaya héroe.